

ABELLÁN, José Luis: *Historia del pensamiento español* de Séneca a nuestros días, Espasa-Calpe, Madrid, 1996.

Lo más destacado de esta obra reside en su intención esencialmente pedagógica. Pretende cubrir la ausencia de un libro asequible para los que se inician en el estudio de la historia del pensamiento español. Ello sin caer en la superficialidad, sino más bien denota un esfuerzo por ofrecer un recorrido histórico de una manera sistemática y rigurosa. Cualidades que se consiguen y que bastarían para otorgar valor específico a este texto. Solamente el capítulo dedicado a la filosofía actual puede dar motivo al desacuerdo y la polémica debido a que puede objetarse la ausencia, al menos como referencia, de algunos filósofos y especialistas en diversos campos. Suponemos se debe no a un criterio intrínseco de selección, sino al simple olvido o a las necesidades de espacio previstas para la obra.

Sobre la necesidad de este libro, baste decir que el actual abandono de las humanidades en la enseñanza secundaria e, incluso, en la enseñanza superior, puede llevarnos a corto o largo plazo a una pérdida de la memoria histórica y, por ende, a una falta de perspectiva sobre los problemas actuales. Algunos de estos problemas pueden parecer nuevos, pero en muchos casos ya se han presentado en el pasado bajo las mismas u otras formas. Ello no quiere decir que debamos inexorablemente utilizar la historia como modelo paradigmático, sino que debe servirnos para contextualizar e iluminar el presente.

Recientemente el profesor John Elliot destacaba que el principal problema de los estadistas de hoy día es que no conocen la historia. Quizás, habría que añadir, que no es sólo un problema de los estadistas sino de un sector cada vez más amplio de la sociedad, y esto es aun más patente si lo referimos a la historia del pensamiento español. Derechas e izquierdas se han olvidado con frecuencia de nuestro pasado cultural, cuando no lo han desgarrado con interpretaciones partidistas. Por ello esta obra del profesor Abellán, que es una síntesis de un largo proyecto consumado en su *Historia crítica del pensamiento español*, en siete volúmenes, es relevante por su contribución a dar una imagen del pensamiento español, rico y complejo, con sus luces y sombras, y que desmonta la falacia de presentar este pensamiento como débil o inexistente y alejado de los caminos de Europa.

Por suerte, desde hace una décadas, y a ello ha contribuido no poco el profesor Abe-

llán, asistimos a un auge creciente del hispanismo filosófico y crítico con numerosos especialistas que continuamente nos están enriqueciendo con aportaciones valiosas y que preludian un futuro a todas luces positivo.

En cuanto a la metodología con que se aborda esta obra, hay que decir que parte de enfocar la historia de la filosofía como historia de las ideas. Ello nos parece un acierto, al ofrecernos unas posibilidades y unas perspectivas más amplias, más teniendo en cuenta las características propias del manifestarse de esta filosofía en España, ya que en pocas ocasiones se nos presenta de una manera sistemática y académica. Ello no quiere decir que las ideas filosóficas se difuminen, más bien son el contenido paradigmático o el hilo conductor de todo el conjunto de ideas políticas, sociales, literarias, estéticas, etc., que componen una historia de las ideas. Este acercamiento posibilita así un marco de comprensión del juego de ideas que conforman el pensar español.

En cuanto al adjetivo español, como el mismo Abellán advierte, no deben atribuírsele connotaciones míticas o metafísicas de carácter nacionalista, sino simplemente denota una realidad geográfica que desde hace tiempo llamamos España.

El libro comienza con carácter retrospectivo, y creemos que acertadamente, con Séneca y San Isidoro, aunque hasta los Reyes Católicos no se pueda, en sentido estricto, hablarse de la realidad «España». Se continúa con un breve análisis de la «España de las tres religiones»: Averroes, Maimónides, la Escuela de Traductores de Toledo, para acabar con la filosofía en los reinos cristianos donde resalta a Ramón Llull.

El estudio de la Edad Moderna se estructura en tres grandes apartados: el Renacimiento, el Barroco y la Ilustración. Con ello se pretende evitar la tentación endogámica o nacionalista, tratando de incardinar el pensamiento español en categorías de validez universal, hasta allí donde sea posible, pues en determinados momentos históricos nuestro pensamiento se manifiesta con aspectos muy específicos que también se deben reseñar.

En el Renacimiento, después de unas acertadas precisiones sobre el concepto y los caracteres, se analiza la presencia de Erasmo y las características propias del erasmismo español, así como sus principales representantes, desde Vives a Andrés Laguna. Se habla a continuación de los precartesianos, los médicos filósofos, los neoplatónicos y aristotélicos, del impacto del descubrimiento de América y los problemas ético-políticos de la conquista, para acabar con los grandes escolásticos cuyo punto culminante es Francisco Suárez.

El Barroco es presentado como una filosofía del desengaño, propiciada por un ambiente misonefista que dominará la mayor parte del siglo xvii. La Inquisición alcanza su punto culminante condicionando el desarrollo de la ciencia, la filosofía y el pensamiento en general. Así Barroco y decadencia van a ser dos caras de una misma moneda y llama la atención de los estudiosos, como destaca el profesor Abellán, el hecho de que mientras Europa camina hacia el dominio del mundo fundamentado en el desarrollo económico y científico, en España, que poseía más tierras y riquezas, se produce una exaltación de los ideales morales y espirituales sobre la base de una renuncia ascético-estoica de los valores materiales. La cumbre de este espíritu del desengaño va a ser Calderón de la Barca, con su polarización entre el ser y el parecer. Como autores de orientación política, antimachiavélicos, se significan Pedro de Ribadeneyra, Diego Saavedra Fajardo, Juan de Mariana y Francisco Suárez con su *De legibus ac Deo legislatore* (1612).

Se trata después, de un modo más detenido, el gran humanismo español, resaltando de manera especial a Fray Luis de León, Miguel de Cervantes, Francisco de Quevedo y Baltasar Gracián. Del misticismo se destaca lo que tiene de filosofía, centrándose en las dos figuras máximas: Santa Teresa y San Juan de la Cruz. Por último, se da un breve repaso al

movimiento de los «novatores», destacando sus raíces autóctonas y lo que tiene de preludio de la Ilustración.

El análisis de la edad moderna culmina con la Ilustración, presentada por el profesor Abellán como un nuevo modo de ser y de sentir, y ofreciendo una panorámica de sus rasgos esenciales en torno a un objetivo básico: la transformación de la sociedad española. Se exponen las ideas básicas de los grandes ilustrados como Feijoo, Campomanes, Cabarrús y Jovellanos; los problemas originados por la expulsión de los jesuitas, las Sociedades Económicas y su aportación, concluyendo con una panorámica sobre el pensamiento utópico que culmina en Olavide y el experimento de las Nuevas Poblaciones de Sierra Morena y Andalucía.

La edad contemporánea se estructura en dos grandes apartados: siglos XIX y XX. En el siglo XIX se presenta una visión ponderada y crítica de los grandes movimientos de la época: el Liberalismo y el Romanticismo, para acabar con una aproximación al tema de la modernización, con la Institución Libre de Enseñanza, el giro hacia el positivismo, anarquismo y socialismo, y, finalmente, Joaquín Costa y los regeneracionistas. En el siglo XX se comienza con el modernismo y se destacan a continuación las aportaciones fundamentales del pensamiento de Santayana, Amor Ruibal y Eugenio D'Ors. En la generación del 98, después de algunas matizaciones sobre el concepto de generación, se aborda de un modo más detallado la obra de Miguel de Unamuno y la filosofía de Antonio Machado —uno de los temas, a nuestro juicio, más logrados. A continuación se nos ofrecen los rasgos esenciales, períodos, y principales representantes de la llamada Escuela de Madrid, centrándose de un modo más exhaustivo en las contribuciones de Ortega y Zubiri.

El último capítulo está dedicado al análisis del panorama de la filosofía española desde la guerra civil a la actualidad. Dictadura y neoescolástica, con sus principales representantes, el espiritualismo cristiano, el exilio filosófico y sus principales tendencias: la herencia de Ortega (Manuel Granel, María Zambrano, Francisco Ayala, Luis Recasens y José Gaos), la escuela de Barcelona (Joaquín Xirau, Eduardo Nicol, José Ferrater Mora), los filósofos sociales (José Medina Echevarría, Lino Rodríguez, Manuel García Pelayo), filósofos socialistas (Fernando de los Ríos, Adolfo Sánchez Vázquez, Luis Araquistain y Juan David García Bacca). Una filosofía del exilio que constituye una auténtica edad de oro para la filosofía española y que todavía está sin resaltar convenientemente el alcance, significación, y valor de su obra, por lo que nos hubiera gustado una exposición más amplia, aunque fuera en detrimento del último apartado, dedicado a la ruptura de 1956 y las nuevas generaciones que por su actualidad puede resultar más subjetivo y polémico.

Se trata, en suma, de un libro que resultará de gran utilidad para la difusión del pensamiento español, al ofrecernos una síntesis de los grandes momentos por los que ha transcurrido este pensamiento a lo largo de la historia. Contribuirá, sin duda, a incitar el interés por la filosofía española, en una época en que la salud filosófica se ve quebrantada y anda oscilante en la paradoja unamuniana de querer ser y no poder. Son necesarias, pues, continuas propuestas, pero también una autocrítica, desde y con el pensamiento, de nuestro pasado y nuestro presente. Sólo así será factible su mayor presencia y significación en los planes de estudio y en la sociedad.

Amable FERNÁNDEZ SANZ